

LOS VALORES Y LAS VIRTUDES

Ecos del XVII Capítulo General de la Orden de la Compañía de María N.S.

Nos acercaremos a los conceptos y realidades teniendo como punto de referencia nuestra experiencia, nuestra existencia concreta, nuestras relaciones con nosotros mismos, con los demás y con el mundo y teniendo la convicción cierta y serena de que Dios está presente en nuestra realidad no como un “vigía” o “auditor” o “fiscal”, sino como un “compañero” de camino, como un “padre” y como el “Señor de la historia”.

1. BUSCANDO UNA DEFINICIÓN

Encerrar todo el contenido y la significación de las realidades “valor” y “virtud”, no es posible. Lo que sí podemos hacer es caracterizarlos señalando algunos elementos que nos permitan la comprensión más clara y cercana de ellos.

VALOR

Es una realidad que tiene un sentido real, ontológico, epistemológico y axiológico. Esto quiere decir que no es algo inventado, que es una realidad existente, que tiene su propio ser y que en el campo del conocimiento es conocida y reconocida, que tiene su lógica y su comprensión. Igualmente significa que es una realidad que vale, que sirve, que es tenida en cuenta en la acción y en el pensar del hombre.

Algo que se reconoce como un “Valor” no tiene que ser demostrado, él mismo se impone ante todos. Sólo se requiere tener una normalidad humana y aceptar la convivencia para poder reconocerlo.

Es que los valores requieren de la convivencia humana. Si no se vive en comunidad, si no se tiene la apertura hacia el otro, si no estamos situados en una realidad muy concreta, nada tendrá el auténtico tinte de lo que llamamos o queremos reconocer como “Valor”.

Cuando yo reconozco un valor, lo afronto y lo acepto, estoy reconociendo mi propia realidad y la realidad de los otros.

Es cierto, si pudiéramos pensar en una persona completamente sola o que sólo ella estuviera en el mundo y no tuviera otro referente, sería imposible llegar a la comprensión y a la aceptación de los valores. No valdría la pena, no sería necesario, para nada serviría hablar de “Valores”.

Vale la pena hablar de “valores” y tiene sentido hacerlo porque vivimos en compañía, porque somos una pluralidad de personas que caminamos por este mundo y queremos hacer de él lo mejor que podamos.

VIRTUD

Cuando hablamos de “virtud” nos referimos a una “acción repetida de manera organizada y disciplinada”, la cual se va convirtiendo en una costumbre, en un hábito, es una acción que se realiza espontáneamente y que no requiere programación alguna. Esto quiere decir que las virtudes van surgiendo, en quien las posee, de manera espontánea y ágil, sin necesidad de programarlas, ni de pensarlas o calcularlas.

La virtud en una persona o en un grupo nunca requiere ser calculada ni programada con acciones pensadas con anterioridad. La virtud, para que sea “virtud” requiere ser expresada con espontaneidad y libertad.

Una persona “virtuosa” en algún aspecto es alguien que obra sin condicionamientos y que esa misma manera de obrar la repite y la realiza sin preparación alguna, en cualquier medio, delante de cualquier persona o grupo humano y en cualquier circunstancia que le toque vivir.

Las virtudes, estrictamente hablando, no soportan ser “preparadas” o “pensadas” o “calculadas” en la acción humana. Las virtudes resultan espontáneamente del ser de la persona. Se han gestado en el interior de la persona y hacen parte de su propia estructura humana. Cuando se alcanza una “virtud” en la vida, ella se vuelve “connatural” a nosotros y no hay otra cosa más que “vivirla”, “expresarla” y “compartirla” sencilla y espontáneamente.

En este sentido vamos a entendernos cuando nos refiramos a los “valores y a las virtudes” y ello nos va a permitir trasegar por caminos muy conocidos por nosotros porque tienen mucho que ver con nuestra existencia y con nuestra presencia y nuestro compromiso en el mundo que nos tocó vivir y afrontar.

2. ORIGEN DE LOS VALORES

Desde que apareció el hombre y comenzó la convivencia y el compartir el mundo en el cual apareció, desde ese momento, llegaron los valores y se fueron construyendo las virtudes.

La sensibilidad humana, sus instintos, su capacidad de razonar, su voluntad y su posibilidad de decidir libremente permitieron la aparición de los valores.

Podemos decir que los valores tienen su propio “ser”, su propia “ontología”, independiente del ser, del querer y del conocer del hombre; pero, es necesario reconocer que si no existiera el hombre los valores no tendrían sentido, no serían necesarios ni significativos. Las cosas son en sí mismas y tienen su propio ser, pero en sentido estricto, sólo tienen significación en el mundo de los humanos.

De esta manera, podemos decir que el origen de los valores es “óntico” en su propio ser y es “existencial” en lo que se refiere a la significación que tiene en el mundo de los humanos.

De otra parte, podemos decir que los valores tienen un fundamento, diríamos esencial; es decir, que corresponde a su propia esencia. Es la raíz óntica y esencial de todos los valores. Nos referimos a lo que algunos filósofos han llamado los “trascendentales éticos”. Ellos son:

La verdad, la belleza y la bondad.

Ellos son la raíz de todos los valores. Podríamos presentarlos, de una manera sintética, en la siguiente forma:

- **La verdad**

Es el valor cognoscitivo que fundamenta todos los valores que están en esta línea del conocimiento y de la ontología.

Según Aristóteles, la verdad es la correspondencia que existe entre la realidad y las ideas. Se trata de afirmar que lo que se dice, se piensa o se proyecta mentalmente coincida con la realidad. En términos del pensamiento griego decimos que la verdad consiste en la coherencia que hay entre las ideas y las cosas que se ven, teniendo presente que para el pensamiento aristotélico, donde se encuentra el origen de toda la corriente empirista moderna la realidad son las cosas, la materia, lo sensible, lo experimental. Las ideas son un concepto que tiene sentido en la medida en que corresponda a una cosa real. Las ideas son intangibles, universales, no palpables. En ellas no está la realidad, pero reflejan y expresan la realidad.

Platón experimenta la realidad de manera diferente. Mientras Aristóteles es el Padre del Empirismo y del Materialismo, Platón es el Padre del Idealismo. La realidad para Platón no se encuentra en las cosas sensibles sino en las ideas. Las cosas existen en el pensamiento y de allí se reflejan en la experiencia visible. Cada idea tiene su propio referente en una cosa. Las cosas son “sobras de la realidad”. El mundo de las ideas es el mundo de la realidad; por lo cual, el hombre tiene que realizar una verdadera terapia que le permita deshacerse de lo terreno, de lo sensible para ligarse completamente al mundo de las ideas donde se encuentra la realidad. La Verdad para Platón no se encuentra en lo sensible sino en lo conceptual, las cosas sensibles son sombras de la realidad; sólo en las ideas se encuentra la verdad definitiva y total.

Sócrates hace un planteamiento diferente respecto a la verdad. Dice que la verdad hay que descubrirla. Al discípulo no se le entregan “verdades” sino “instrumentos” para que él mismo vaya descubriendo la verdad. Diríamos que la verdad no está hecha, hay que construirla y allí juega un gran papel el sujeto. Cada sujeto tiene su “método”, su propia “dinámica” y según sea, va realizando la labor del descubrimiento de la verdad.

El método utilizado por Sócrates es la “crítica”, la cual tiene como punto de partida que el sujeto reconozca su propia ignorancia. Al respecto recordemos el principio socrático que es el inicio de todo conocimiento: “Sólo sé que nada sé”. Se supone entonces que el sujeto está libre de cualquier conocimiento, que su mente va a tenerla limpia sacando de ella cualquier tipo de pre-concepto o conocimiento que pueda estorbarle en la búsqueda de la verdad.

De estos tres pensadores surgen dos grandes corrientes epistemológicas, respecto a la verdad, a la realidad y al proceso del conocimiento. Se trata, por una parte, del OBJETIVISMO, según el cual la verdad se encuentra en los objetos y en la realidad sensible. Y, por otra parte, el SUBJETIVISMO, según el cual la verdad se encuentra en el sujeto y él es el responsable de la construcción de la realidad y de la verdad.

De allí resultan dos teorías respecto a los VALORES:

Los Valores existen en las cosas y en la realidad. El hombre tiene que descubrirlos, pero no se trata de crearlos. Existen y por un proceso cognoscitivo, el hombre los descubre. Esta es la teoría del “Objetivismo Axiológico”.

Por otra parte, se piensa que los valores son construcción del hombre. No existen propiamente en la realidad sensible, sino que son el fruto de la experiencia y la sensibilidad del sujeto. Los valores dependen mucho del propio sujeto, de su constitución física, mental y psicológica. Dependen de la situación geográfica en la cual se encuentra cada sujeto. Además, hay una gran dependencia de las situaciones históricas, sociales, climáticas, geográficas, etnológicas y culturales en la cual se desenvuelve cada sujeto.

Esto da origen a dos grandes corrientes axiológicas que influyen en todo el pensar y el actuar del hombre en el mundo. Esas dos grandes corrientes son: El Dogmatismo y el Relativismo.

Por una parte, el DOGMATISMO afirma que la Verdad es Absoluta, definitiva, total y clara en todos sus aspectos. Una cosa es verdad o no es verdad. La verdad se opone completamente a la falsedad y ésta, de la misma manera se opone a la verdad.

Por otra parte, el RELATIVISMO afirma que la verdad es relativa. No hay verdades absolutas. La verdad no se consigue nunca definitivamente. Cada sujeto va descubriendo la verdad y ella depende de las condiciones subjetivas. Es decir que el sujeto construye la verdad y cada uno tiene su propia verdad sin que se pueda afirmar que tiene la verdad completa. Siempre la verdad será objeto de una “conquista” y jamás el hombre la podrá adquirir definitivamente.

Frente a estas dos visiones, tenemos la concepción TRASCEDENTALISTA de los valores y de la realidad, la cual consiste en afirmar que sobre todas las cosas de la tierra, sobre todas las creaturas, está el “Creador”, la “realidad absoluta”, “Dios”, en el cual no hay cabida para ningún vacío. Todo Él es “ser”. La “nada”, la “negación del ser” no tiene cabida en Dios. Es el Absoluto y es el “ser increado”; por lo cual no depende de nada ni de nadie. En Él se encuentra la realidad en su plenitud; por eso, se puede decir que Él es “La Verdad, la Belleza y el Bien por excelencia”.

Sólo en Dios encontraremos la “verdad absoluta”, “la belleza plena” y “la bondad ilimitada”.

De esa plenitud beben todos los seres creados y de allí surgen todos los valores que nosotros conocemos y reconocemos en nuestra existencia.

• **La Belleza**

Aquí encontramos la raíz de todos los valores “estéticos”; es decir, los que son regulados por la “belleza”, por lo “bello” y de donde surgen los diferentes pensamientos y teorías estéticas.

Asentados en el pensamiento griego podemos decir varias cosas sobre la “belleza”. Entre otras las siguientes:

- La belleza es lo armónico, lo proporcional, lo que conserva sus propios límites y lo que nos brinda el “equilibrio”.
- La belleza es “armonía” en toda la realidad. Armonía en la luz, en las distancias, en las posiciones, en las líneas, en las relaciones de unas cosas con otras, etc.
- La belleza supone “cruzar”, “entrelazar” los extremos para lograr las “síntesis”. Lo bello es lo sintético, aquello en lo cual encontramos el todo en la conjugación armónica de las partes.
- La belleza produce paz, serenidad y sosiego en la vida y en los sentimientos de una persona. Lo bello es atractivo, se hace sentir positivamente y produce deseos de estar cerca de él. Todo lo contrario de lo que produce lo “feo”. La fealdad es “desarmonía”, “desequilibrio” y “desajuste” y produce “rechazo”, “sin sabor”, “malestar”.
- Desde otro punto de vista, la belleza puede ser entendida como un “desorden-organizado” o como “una desarmonía armonizada”. De todas formas, la belleza ha de producir afecto, cercanía y deseos de permanecer en ella y que ella permanezca con nosotros.

También frente a la belleza hay varias teorías que no vamos a analizar pero que pueden resumirse en dos: “La estética objetivista” y “La estética subjetivista”. Es el objeto quien refleja la belleza y depende de él. O, es el sujeto quien crea la belleza y todo depende de él.

• **La Bondad**

La Bondad se refiere al “Bien” y está en el origen de todos los valores “éticos”.

En general, el “Bien” es el valor en torno al cual las acciones, los pensamientos y las intenciones se refieren a lo más conveniente, a aquello que ayuda al desarrollo y a la orientación adecuada de la realidad. El Bien es todo aquello que permite que la realidad se desenvuelva armónica y naturalmente. El Bien nunca está en contra de la naturaleza; por el contrario, siempre está en apoyo de las leyes y las condiciones naturales.

Podemos decir que el Bien es el sustento de toda la Ética y de todo el actuar en función de la naturaleza. Podemos descubrir que algo es bueno cuando está respetando la naturaleza y cuando permite que todo lo natural florezca y se manifieste.

Por el contrario la “maldad”, lo “malo” es aquello que va en contra de las leyes y los principios de la naturaleza. Todo lo que desorganiza la naturaleza se puede colocar en la categoría de “malo”.

Lo “Ético” es todo lo que respeta la naturaleza; más aún, todo aquello que permite el desarrollo y el crecimiento de la naturaleza. Lo “no Ético” es todo lo contrario. Unas buenas relaciones sociales y un buen sentido del desarrollo humano se fundamenta en los principios éticos que son todos aquellos que protegen la naturaleza y hacen que ella se manifieste en todo su esplendor.

La sociedad podrá desenvolverse y crecer armónica y equilibradamente cuando esté fundamentada en los valores éticos que tienen como base el respeto por la naturaleza y todas sus leyes y principios.

De esta manera podemos decir que “la Verdad, la Belleza y el Bien” son el fundamento de todos los valores y que, en síntesis, ellos se implican de tal manera que hablar de cada uno de ellos conlleva a hablar de los demás; es decir, la verdad conlleva y conduce al bien y a la belleza, igualmente sucede con los otros dos valores. Esto quiere decir que en la realidad, lo ontológico, lo estético y lo ético se complementan y se implican mutuamente.

3. ORIGEN DE LAS VIRTUDES

Una virtud es un “hábito”, una costumbre, una repetición de hechos que van haciendo que determinadas acciones sean reconocidas como virtudes.

Las virtudes son fruto del orden y de la disciplina que conducen a un actuar constante, repetitivo y siempre igual en lo que se refiere a los valores. Las virtudes son la actualización de los valores. Un valor aislado es significativo y tiene su propia realidad, pero un valor repetido y realizado de manera ordenada y disciplinada se convierte en una virtud.

La virtud engrandece el ser de una persona. La virtud hace que una persona construya su vida sobre bases firmes y sobre rocas indestructibles. Diríamos que las virtudes son las que fortalecen los criterios y los caracteres de la personalidad de alguien. No se tiene carácter firme si no se obra con criterios serios, fundamentados y seguros. Y esto jamás ocurrirá en nuestra vida si no tenemos y fortalecemos las virtudes en nuestra realidad humana.

Las virtudes se construyen en nuestras vidas por una “voluntad firme y decidida”. Se requiere no solamente “querer”, sino “querer con firmeza, seguridad y determinación”. Se requiere, como decía Sta. Teresa de Jesús, tener una “determinada-determinación”. Sólo así se podrá conseguir las virtudes y sólo con las virtudes se podrá construir una vida organizada, disciplinada y significativa. Si queremos vivir con sentido y con proyección en la historia y en las circunstancias en que nos encontramos tenemos que ser “personas virtuosas”.

Lo contrario de las virtudes son los “vicios”. Un vicio es la repetición de uno o varios hechos que van en contravía con los valores. Si de las virtudes decimos que son la actualización de los valores, de los vicios tenemos que decir que son la “actualización de los anti-valores”.

El vicio como la virtud se conoce por la repetición constante, continúa y determinada de unos hechos que se hacen costumbre en la vida y que finalmente manejan la voluntad personal; de tal forma que pueden llegar a ser repetitivos de una manera incondicional, inconsciente y sin premeditación.

Una virtud conduce a la construcción de una persona; en cambio, un vicio la lleva a su propia destrucción. Es posible que los vicios sean más placenteros que las virtudes y seguramente que tengan más atracción y no reporten tanta dificultad para conseguirlos como sí sucede con las virtudes. Pero, lo que sí es cierto es que las virtudes nos dan “satisfacción, sensación de plenitud, libertad, alegría y paz”. En cambio, los vicios nos conducen por los caminos de “la insatisfacción, la timidez, el desprecio de sí mismos, la esclavitud, la tristeza y desesperanza y el sin sentido de la vida”.

Tanto las virtudes como los vicios dependen de nuestra libertad. Cada persona puede escogerlos cuando quiera y de la manera que desee. Las leyes nos conducen siempre a tomar el camino de los valores y de las virtudes, pero, ni ellas ni los vicios se toman por “decretos o mandatos”, por “leyes impuestas”, por “concordatos entre personas, instituciones o naciones”. Uno se hace virtuoso o vicioso por decisión propia y por un manejo de la libertad, seguramente condicionada por muchos aspectos, que lo conducen a definirse de un lado o de otro.

La ley es un “instructivo”, es una “pedagogía” que nos muestra los mejores caminos a seguir en cualquier situación que nos encontremos en la vida. Pero, las virtudes y los valores, los vicios y los anti-valores, en últimas no dependen de los mandatos o imposiciones legales o jurídicas, sino de la propia libertad que orienta nuestro querer y hace que nuestra voluntad se incline de un lado o de otro.

4. LEYES, NORMAS Y CÁNONES

Una reflexión sobre los valores y las virtudes debe conducirnos a preguntarnos por el sentido de lo “legal” en nuestras vidas y en nuestras relaciones. Las leyes, las normas, los cánones que tenemos en nuestras instituciones y en nuestra sociedad, ¿Para qué sirven?. ¿Cuál es su valor?

Definitivamente la persona en sociedad no puede vivir sin las normas o las leyes. Ellas se requieren como referentes de convivencia. No se podría convivir si no fuera por unos cánones bien definidos que orienten nuestro modo de obrar y que tengan en su base el respeto por las otras personas y que su preocupación sea el buen funcionamiento del colectivo en el cual nos encontramos.

Pero las leyes no tienen valor en sí mismas. Ellas valen en la medida en que estén puestas para el buen funcionamiento de un colectivo, de una comunidad o de una sociedad cualquiera. La ley es la “pedagoga” de nuestro obrar. Por eso, en principio, la ley no debe ser “coercitiva”, “restrictiva” o “prohibitiva”, sino que la ley debe ser “orientadora de la acción”, “sugestiva hacia el bien común”, “positiva en su formulación”.

Las leyes son exitosas siempre y cuando los valores y las virtudes estén inscritos en el corazón y en la vida de las personas; de lo contrario, no tienen eco ni llegarán a ser significativas para nadie. Puede ser que lleguemos a cumplir las leyes o las normas por temor, por quedar bien, por apariencias humanas o por cualquier otro motivo, tales como las motivaciones religiosas o por simples hábitos impuestos por una determinada cultura o un círculo social determinado. Sin embargo, esa no es la manera adecuada y conveniente de nuestro actuar. Actuar de esa manera es “actuar en la mentira”, “en la apariencia”. Actuar sólo en torno a la ley, sin que ella sea una convicción nuestra, se convierte en nosotros como en un criterio de acción, en un “actuar sin fundamento” que sólo consigue incoherencias, mentiras, falsas expectativas y sobre todo insatisfacción personal y fracaso en nuestros propósitos.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Los puntos siguientes pretenden ser unas guías orientadoras en nuestro comportamiento y en la manera cómo podemos realizar en nuestra vida unas acciones que estén impregnadas de “valores y virtudes”.

- No hay “modelos” que nos demuestren “lo mejor” en nuestra vida. Cada uno tiene sus propias motivaciones, sus propias convicciones y su propia manera de ser y de obrar. Con razón se dice que cada uno somos “seres irrepetibles”. Tenemos que respetar la singularidad de cada uno.
- Pero, tenemos que ser conscientes que no vivimos solos sino que hacemos parte de una sociedad, de una comunidad, de un conjunto de personas que tratan de “vivir”, de “salir adelante” y de “hacer lo mejor que puedan”. Por eso, a pesar de nuestra “singularidad”, tenemos que aceptar nuestra constitución propia de ser “seres sociales” que tenemos que convivir y respetar a aquellos con quienes compartimos nuestra vida.
- Esta es la razón por la cual hemos de construir en nuestras vidas los “valores” y las “virtudes”. Ellos no existen sólo en el pensamiento, en el “querer colectivo” o en la “mente universal” de una sociedad. Los valores y las virtudes si existen es en cada persona en concreto. De lo contrario, son meros ideales. Los valores y las virtudes tienen que hacerse presente en cada uno de nosotros. En lo que somos, en lo que hacemos, en lo que pensamos, en lo que proyectamos.
- No pueden ser impuestos por una ley o una norma, por más perfecta y plausible que ella sea. Las normas nos ayudarán a hacerlos vivos y operantes, pero no son ellas quienes creen en nosotros los valores y las virtudes.
- Los valores y las virtudes tenemos que construirlos y hacerlos realidad en nuestra vida en razón de nuestra convicción, de nuestra voluntad de realizarlos, de nuestra “determinada-determinación” de llevarlos en nuestra vida, de patentizarlos con nuestras obras y de hacerlos crecer cada vez más y permitir que ellos estén cada día más fuertes en nuestras convicciones. Ellos harán parte de nuestra personalidad y de nuestros criterios y jamás nos los arrebatarán si han nacido de nuestra convicción, de nuestro deseo, de nuestra voluntad y de nuestra libertad.
- Es necesario que seamos auténticos educadores introyectando los valores y las virtudes, primero que todo en nosotros mismos y luego, por el ejemplo, por la coherencia de nuestras vidas, por nuestras palabras, por nuestro testimonio, por los medios que nos imaginemos y que veamos que son efectivos, introyectarlos no imponerlos a los demás.
- La política, la religión, la cultura, el arte, la ciencia, la educación en general, las relaciones sociales, el desempeño personal y profesional y todas las actividades humanas que podamos imaginar, sólo tendrán sentido y éxito si están fundamentadas en la “convicción”, en la “libertad”, pero siempre en relación con la “responsabilidad” que todos tenemos de todo y de todos. Ninguno de nosotros es un ser aislado ni puede evadir la responsabilidad que tiene en el mundo en el cual le correspondió vivir. Nadie es responsable de las acciones personales y propias de otro, pero todos somos responsables de todos. Todo lo cual significa que no

podemos caminar por el mundo desentendidos y creyéndonos sin responsabilidad personal y colectiva.

- Tenemos que respetar las culturas y las diferentes expresiones éticas, axiológicas y estéticas. Pero, el reconocimiento de la universalidad ontológica de la realidad y del hombre es fundamental si queremos tener un punto de partida firme en la construcción y en la reflexión de los valores y las virtudes. Y este reconocimiento es válido para todo, especialmente si queremos llegar a una auténtica “convivencia” y a un adecuado “respeto” por los demás, teniendo como referentes fundamentales que todos somos iguales y que no hay razón alguna para excluir a nadie, sea quien fuere, con sus propias condiciones y circunstancias históricas, culturales, sociales, familiares y personales y sobre todo con el valor de la “dignidad de la persona”, la cual no se discute ni puede ponerse jamás en duda.

5. ECOS DEL XVII CAPÍTULO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA

Nada más comprometedor y alentador que la invitación que nos hace el XVII Capítulo General a todas las personas que pertenecemos a la Compañía. Una invitación a estudiar, reflexionar y meditar sobre la realidad del mundo en que vivimos, sobre la necesidad de una mirada contemplativa para descubrir la acción de Dios en esta realidad y al mismo tiempo descubrir la llamada que nos hace a pensar, repensar y construir los “valores y las virtudes” que necesitamos en el mundo de hoy para ser presencia del Reino de Dios.

Por eso, es bueno y necesario que cada uno de los miembros de la Compañía experimentemos que “todos” tenemos la responsabilidad de hacer que la “Compañía” sea significativa en el mundo de hoy, no sólo por su “aggiornamiento” a las realidades actuales, sino por su aporte a la construcción de este mundo desde lo que nos es más propio como cristianos: el anuncio de “JESÚS”, de su persona y su mensaje. Y en Jesús encontrarnos con MARÍA porque ella es nuestro modelo de “mujer”, de “compañera”, de “creyente”. Ella es la “primera discípula de Jesús” y en Ella, estemos seguros, encontramos los “Secretos del Reino”, los “valores y virtudes” que nos hacen plenamente humanos.

+ Mons. Gonzalo Restrepo Restrepo
Arzobispo de Manizales - Colombia